

CAPITULO SÉTIMO.

Sensualismo.—Condillac.

He expuesto en el capítulo anterior el sistema de Locke con aquella critica racional que me ha parecido justa, y he querido extenderme, quizá mas de lo que permitia el objeto de esta obra, en la convicción de que, siendo Locke como la base de todo el empirismo moderno, no es posible conocer el valor de las demás criticas sin un conocimiento minucioso y exacto de su doctrina, como fundamental; consiguiéndose por este medio poder marchar con mas desembarazo en la exposicion de todas las fases que progresivamente fué presentando este sistema.

Al puro empirismo se siguió el sensualismo en el orden lógico de las ideas; á Locke se siguió Condillac.

Estéban Bonnot de Condillac nació en Grenoble, en 1715. Nada de particular ofrece su vida, pues que hecho sacerdote, conservó siempre un mismo beneficio eclesiástico, y ya fuera por su estado ó por su carácter, vivió retirado del mundo, consagrado

habitualmente á los estudios filosóficos; sus obras han sido publicadas en 23 tomos en 8.º, habiendo acaecido su muerte en 1780.

Cimentado el sistema filosófico de Condillac en el principio de unidad absoluta, presenta el exámen de su doctrina una doble ventaja, cual es el estar reconcentrados el ataque y defensa en un solo punto y ser suficiente el exámen de cualquiera de sus obras para conocer todo su sistema. Toda su filosofía está reducida al desarrollo de un solo principio, que es la sensacion. A excepcion de su primera obra titulada *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, en la que se mostró fiel discípulo de Locke, en todas las demás desenvolvió su sistema con aquella precision y claridad, que son las dotes especiales de su estilo. En este concepto, siendo indiferente adoptar cualquiera de sus obras, he preferido su *Lógica*, por la ventaja que tiene de ser conocida en nuestra lengua desde fines del siglo último y estar al alcance de todos, lo que no sucede con las demás obras de este filósofo, y de ella tomaré los principios de su filosofía, que son objeto de mi exámen crítico; fijándome solo ligeramente en el mérito y cualidades que pueda tener como lógica, por ser materia extraña al objeto de esta obra.

«Nuestros sentidos, dice Condillac, son las primeras facultades que notamos. Por ellos vienen hasta el alma las impresiones de los objetos. Si hubiéramos nacido sin vista, no conoceríamos la luz ni los colores; si hubiéramos nacido sin oidos, no tuviéramos conocimiento alguno de los sonidos; en una palabra, si nunca hubiéramos tenido sentido alguno, tampoco conoceríamos ninguno de los objetos de la naturaleza.

»Los sentidos no son mas que la causa ocasional de las impresiones que hacen sobre nosotros los objetos. El alma es quien siente; á ella sola pertenecen las sensaciones, y la primera facultad que advertimos en ella es la de sentir. Esta facultad se distingue en cinco especies, porque tenemos cinco especies de

sensaciones. El alma siente por la vista, por el oído, por el olfato, por el gusto y principalmente por el tacto.

No sintiendo el alma sino por los órganos del cuerpo, es evidente que aprenderemos á conducir con regla la facultad de sentir de nuestra alma, si aprendemos á conducir con regla nuestros órganos sobre los objetos que queremos estudiar. Y ¿cómo aprenderemos á conducir bien los sentidos? Observando lo que la naturaleza nos enseña, cuando adquirimos los primeros conocimientos, porque entonces nuestro juicio no está viciado por la educación.

»Supongo una casa de campo que domina una vasta campiña, abundante, donde la naturaleza se ha complacido en sembrar la variedad, y donde el arte supo aprovechar las situaciones para mas variarla y hermosearla. Llegamos á esta casa de noche. Abrense por la mañana las ventanas á tiempo que el sol empieza á dorar el horizonte, y vuélvense inmediatamente á cerrar. Indudablemente se vieron muchas cosas, pero sin aprender nada, porque no se pudieron distinguir los objetos que contiene. Vuélvese á abrir para no volverla á cerrar, y si la vista continúa viendo los objetos en junto, no llegará nunca á adquirir conocimientos. Para esto es preciso que se fije en cada objeto, empezando por los principales, marcando la situación que ocupan respecto del conjunto; y despues de examinados todos en detalle, se rehace la mirada, haciéndola general y simultánea, segun se presentó la campiña en un principio. Esto se llama analizar; porque analizar no es otra cosa que observar en un órden sucesivo las cualidades de un objeto, á fin de darles en el alma el órden simultáneo en que existen. Esto nos hace obrar á todos la naturaleza. El análisis que se cree soló conocida de los filósofos, es conocida de todo el mundo. Lo que sucede con la vista material sucede con la vista del alma. Tengo presentes á un tiempo un gran número de conocimientos, que se me han hecho familiares; los veo todos, pero no los distingo igualmente. Para ver de una manera distinta

;

cuanto se ofrece de una vez á mi alma, es menester que descomponga, como descompuse, cuanto se presentaba en conjunto á mis ojos; es menester que analice el pensamiento.

»Cada uno de nosotros puede notar que no conoce los objetos sensibles sino por las sensaciones que recibe de ellos; las sensaciones son las que nos los representan. Si estamos asegurados de que cuando están presentes no los vemos sino en las sensaciones que hacen actualmente sobre nosotros, no lo estamos menos de que cuando están ausentes no los vemos sino en la memoria de las sensaciones que han hecho. Todos los conocimientos que podemos tener de los objetos sensibles no son, pues, en el principio, ni pueden ser sino sensaciones. Las sensaciones, consideradas representando así los objetos sensibles, se llaman *ideas*, espresion figurada que propiamente significa lo mismo que imágenes. Distinguimos otras tantas especies de ideas como sensaciones diferentes, y estas ideas son, ó sensaciones actuales, ó memoria de las sensaciones que hemos tenido. Cuando las adquirimos por el método analítico se coordinan con orden en el alma, conservan en ella el que les hemos dado, y podemos fácilmente representárnoslas con la misma claridad con que las hemos adquirido. Para hablar de un modo inteligible, es menester concebir y espresar sus ideas en el orden analítico, que descompone y vuelve á componer cada pensamiento. El análisis es el único orden que puede darles toda la claridad y precision de que son capaces; y así como no tenemos otro medio para instruirnos, tampoco tenemos otro para comunicar nuestros conocimientos. Ya lo he probado, pero vuelvo y volveré á ello, porque esta verdad no está bien conocida, antes la combaten, aunque es simple, evidente y fundamental.» De manera que, segun Condillac, el método analítico es el único camino de dar instruccion y de comunicar conocimientos á los demas. Veamos ahora cuál es el canal por donde se introducen en el alma.

«Las *ideas* de los objetos sensibles, dice, no son en su origen

sino las sensaciones que los representan. En la naturaleza no existen mas que individuos; luego nuestras primeras ideas son individuales ó ideas de tal ó de cual objeto. De aquí ha nacido la formacion de los géneros y de las especies. Principian, pues, nuestras ideas por ser individuales para hacerse inmediatamente generales; y no las distribuimos seguidamente en diferentes clases sino por cuanto sentimos la necesidad de distinguir las. Por consiguiente, formar una clase de ciertos objetos no es otra cosa que dar un mismo nombre á todos los que juzgamos semejantes; y cuando de esta clase formamos dos ó mas, no hacemos otra cosa que elegir nuevos nombres para distinguir objetos que juzgamos diferentes. Este no es mas que un artificio, y nos engañaríamos groseramente si infiriésemos que hay en la naturaleza especies y géneros, porque solo los hay en nuestro modo de concebir. Como nuestras sensaciones son las únicas ideas que tenemos de las ideas sensibles, no vemos en los objetos sino lo que las ideas representan; mas allá nada vemos, y por consecuencia, nada podemos conocer. No hay respuesta que dar á los que preguntan ¿cuál es el sugeto de las cualidades del cuerpo? ¿cuál es su esencia? ¿cuál es su naturaleza? No vemos estos sugetos, estas esencias, estas naturalezas; aun en vano querrian manifestárnoslas; sería pretender que los ciegos viesen los colores. Son palabras de que no tenemos ideas; significan solamente que hay bajo las cualidades alguna cosa que no conocemos. Es menester acostumbrarnos á no ver en las cosas sino lo que vemos. Esto no es fácil al comun de los hombres ni al comun de los filósofos. Cuanta mas ignorancia, mas impaciencia de juzgar; se cree saberlo todo antes de haber observado cosa alguna, como si el conocimiento de la naturaleza fuese alguna especie de adivinacion que se pudiera hacer con solas palabras.» Condillac, segun se ve, lleva al último grado á que puede llevarse el empirismo, no permitiendo que se salga en la percepcion de los hechos sensibles á lo que se ve, á lo que se oye, á lo que

se palpa; sin pasar de aquello mismo que se ve, se toca y se palpa.

Y las ideas no sensibles ¿por dónde entran en el alma segun Condillac? «Observando, dice, los objetos sensibles nos elevamos naturalmente al conocimiento de los objetos que no tocan nuestros sentidos, porque los efectos que notamos nos conducen á juzgar de las causas que no vemos. El movimiento de un cuerpo es un efecto; luego tiene una causa. No tiene duda que esta causa existe, aunque ninguno de mis sentidos me la manifieste, y la llamo fuerza. Este nombre no me la da mejor á conocer; no sé mas que lo que antes sabia, y es que el movimiento tiene una causa que no conozco; pero puedo hablar de ella. La juzgo mayor ó menor, segun el movimiento es mas ó menos grande, y la mido en algun modo midiendo el movimiento. Porque damos nombres á las cosas de que tenemos una idea, se supone que tenemos idea de todas aquellas á quienes damos nombres. Hé aquí un error que es necesario evitar. Puede suceder que un nombre sea dado á una cosa, porque estamos seguros de su existencia, aunque carezcamos de su idea; la palabra *fuerza* es una prueba evidente de ello.» Lo mismo sucede con respecto á los actos internos del alma. «Las acciones del alma, dice, determinan las del cuerpo, y por estas que se ven, se juzga de las otras que no se ven. Basta haber advertido qué acciones se ejecutan cuando se desea ó se teme, para conocer en los movimientos de los otros sus deseos ó temores. Asi, las acciones del cuerpo representan á las del alma, y descubren alguna vez hasta los mas secretos pensamientos. Este lenguaje es el de la naturaleza; es el primero, mas verdadero y expresivo, y veremos que por este modelo hemos aprendido á formar las lenguas.»

Y ¿se hallan en el mismo caso las ideas morales, segun Condillac? «Parece, dice, que las ideas morales no están sujetas á los sentidos; no lo están á lo menos á los de aquellos filósofos que niegan que nuestros conocimientos vienen de las sensaciones.

Preguntan ellos de buena gana y con risa ¿de qué color es la virtud? ¿de qué color es el vicio? Respondo que la virtud consiste en el hábito de las buenas acciones, como el vicio consiste en el hábito de las malas. Es cierto que estos hábitos y acciones son visibles, pero la moralidad de las acciones, se nos replicará, ¿es cosa por ventura que representan los sentidos? Y ¿por qué no podrán representarla, siendo así que esta moralidad consiste únicamente en la conformidad de nuestras acciones con las leyes, y que las acciones son visibles y las leyes lo son también, puesto que son convenios que los hombres han hecho, concurriendo para ello la naturaleza?

Con todos estos pasages, tomados de la primera parte de la *Lógica*, queda demostrada toda la teoría de las ideas, según Condillac; y aunque tiene por objeto la certidumbre á que pueden arribar los conocimientos humanos, porque á este punto tenia que dirigirse una obra de esta clase, no por eso dejan de estar claros los principios sobre que descansa toda su filosofía, y que tienen que ser materia de este exámen. Las ideas de los objetos sensibles entran por los sentidos; si están presentes, por las sensaciones que producen en el acto, y si ausentes, por la memoria de las sensaciones que han hecho; y ya sea, añade Condillac, que nos elevemos á los cielos, sea que descendamos á los abismos, no salimos de nosotros mismos: siempre es nuestro pensamiento propio el que percibimos, y encontramos en nuestras sensaciones el origen de todos nuestros conocimientos y facultades. Si clasificamos estos objetos, no es porque en la naturaleza haya géneros y especies, sino por la necesidad que tenemos de distinguirlos. En la misma forma entran por los sentidos las ideas de los objetos no sensibles; porque si les damos nombres, no es porque tengamos de ellos idea, sino porque los fenómenos que son visibles nos hacen conocer su existencia; y estos fenómenos sensibles que entran por los sentidos, son la única pauta que tenemos para graduar el valor y extension de los objetos no sensi-

bles. Por las acciones del cuerpo, que se ven y entran por los sentidos, determinamos las acciones del alma que no se ven; y por los hábitos buenos ó malos, que son otras tantas sensaciones, juzgamos de la virtud y del vicio. De manera que, segun Condillac, rige de lleno el principio, sin sufrir ni la mas pequeña excepcion, de que nada entra en el entendimiento sin pasar antes por el canal de los sentidos. Y el medio de adquirir verdaderos conocimientos, segun este filósofo, es arreglar las sensaciones; lo que se consigue por un buen análisis de las mismas y el método inductivo, proscribiendo cualquiera otro método, que solo conduce á la adivinacion y á la magia. Este es en resúmen el cuadro que representa la teoría de las ideas, segun Condillac; y si entrara en mi plan combatirla en su relacion con la lógica, que es el objeto principal de su obra, le diria: Pues bien, si no conocemos los objetos no sensibles *en sí mismos*, y si solo podemos determinar su influencia por los resultados que vemos y tocamos; si solo conocemos la virtud por los hábitos, los hechos del alma por los hechos del cuerpo, las causas por los fenómenos; y si de estos hábitos, de estos hechos del cuerpo y de estos fenómenos, aunque sensibles y sometidos á los sentidos, no vemos en ellos, por mas que nos elevemos al cielo ó descendamos á los abismos, que lo que las ideas representan, sin poder saber si estas ideas corresponden y son un fiel trasunto de esos hábitos, de esos hechos del cuerpo y de esos fenómenos, ¿qué es lo que queda en pié para adquirir verdaderos conocimientos? Si los objetos no sensibles se nos ocultan, y si los objetos sensibles que sirven para presumir la existencia de aquellos se nos ocultan tambien, porque ni conocemos sus sustancias, y solo tenemos las sensaciones ó las ideas que causan, sin saber si estos objetos sensibles corresponden á estas sensaciones, ¿dónde está el criterio de verdad que nos conduzca en medio de esta absoluta incertidumbre? Precisamente el conocimiento supone dos términos, que son una inteligencia que conozca y un objeto conocido; y será tanto mas per-

fecto y acabado este conocimiento cuanto mas penetre la inteligencia en el objeto que trata de conocer. Condillac suprime uno de los dos términos, que es el objeto; y haciendo puramente subjetivo el conocimiento, reduciéndole á las sensaciones del Yo, crea un escepticismo absoluto, y hace imposible el descubrimiento de toda verdad sobre todas las realidades sustanciales y fenomenales que existen en el mundo, y que son objeto de la ciencia. En su *Lógica*, queriendo dar reglas para el descubrimiento de la verdad, mutila al hombre, privándole de todas las concepciones de la razon pura, como origen de verdades primitivas; y cuando le entrega todo entero á la accion del mundo exterior, queriendo que los sentidos solos sean el canal de la verdad, á que puede aspirar, mutila tambien este mundo, y le entrega á un puro idealismo, sin otro guia que sus propias sensaciones. ¿Es este el camino que conduce á la realidad? ¿Es esta una verdadera lógica? Así es que, cerrada la puerta á las concepciones absolutas que nos suministra la razon con ocasion de las sensaciones, combate, como era natural, el método sintético, no solo como inútil, sino como perjudicial; el método sintético, que consiste en tomar por punto de partida una de estas verdades absolutas, y deduciendo de ellas las demás verdades que entierre, llegar así á una consecuencia final que dé la solucion del problema. Y ¿quién es el que combate la síntesis y no reconoce otro método que el analítico para el descubrimiento de la verdad? Condillac, que reduce no solo la lógica, sino todo el campo de la filosofia á un solo hecho, al hecho de la sensacion, como un principio que difunde la luz por todas partes, presentando así la síntesis mas absoluta, á que ningun filósofo se habia atrevido hasta entonces, alterando, desconociendo y ocultando la realidad por falta de observacion, por falta de análisis, al mismo tiempo que se titula defensor del análisis. Escasos frutos pueden prometerse los jóvenes que consagren su estudio á una lógica que ahoga todas las aspiraciones á lo grande, á lo infinito, privando á la razon

de su cualidad de facultad de lo absoluto, y que busca la verdad en los hechos individuales y sensibles, sin saber lo que son en sí, como reducidos á puras sensaciones ó ideas, que, segun Condillac, son lo mismo. Basta de digresion y volvamos al punto principal.

Nada entra en el entendimiento que no haya pasado por el canal de los sentidos, dice este filósofo, ya se trate de los hechos sensibles ó de los no sensibles, ya se trate de los cuerpos, ya de las acciones del alma y ya de las ideas morales. Pasemos al examen de las facultades psicológicas.

«Hemos visto, dice, cómo nos enseña la naturaleza á hacer el análisis de los objetos sensibles y cómo nos da por este camino ideas de todas especies. No podemos dudar que todos nuestros conocimientos vienen de los sentidos. Pero se trata de extender la esfera de nuestros conocimientos. Y si para extenderla necesitamos saber conducir nuestra alma, se percibe claramente que para aprender á conducirla, es necesario conocerla perfectamente. Se han de descubrir, pues, y conocer todas las facultades que están envueltas en la facultad de pensar. Para cumplir con este objeto, y aun otros cualesquiera que sean, no tendremos que buscar, como se ha hecho hasta ahora, un nuevo método para cada estudio nuevo; el análisis bastará para todos, si sabemos emplearla. El alma sola es quien conoce, porque el alma sola es quien siente, y solo á ella pertenece hacer el análisis de todo. cuanto le es conocido por sensacion. Sin embargo ¿cómo podrá aprender á conducirse si no se conoce á si misma, si ignora sus facultades? Es necesario, pues, como acabamos de notar, que se estudie; es menester que descubramos todas las facultades de que el alma es capaz. Pero ¿dónde las descubriremos sino en la facultad de sentir? Esta facultad envuelve ciertamente todas las que pueden llegar á nuestro conocimiento. Si solo porque el alma siente conocemos los objetos que están fuera de ella ¿conoceremos lo que está en ella de otro modo que porque siente? Todo nos

convida á que hagamos el análisis de la facultad de sentir: probemos pues. Una reflexion hará muy fácil este análisis, y es que para descomponer la facultad de sentir basta observar sucesivamente todo lo que sucede cuando adquirimos cualquier conocimiento.

»*Atencion.* Cuando una campiña se ofrece á mi vista, lo veo todo á la primera mirada y no discierno nada. Para distinguir diferentes objetos y concebir una idea distinta de su forma y situacion es menester que detenga mi vista sobre cada uno de ellos; esto es lo que ya hemos observado. Pero cuando fijo la vista en uno, los otros son para mí, no obstante que los esté viendo, como si no los viese; y entre tantas sensaciones que se hacen á un tiempo, parece que solo experimento una, la del objeto sobre quien fijo mis ojos. Esta mirada es una accion por la cual mis ojos se dirigen al objeto elegido; por esta razon le doy el nombre de *atencion*; y para mí es evidente que esta direccion de los órganos es toda la parte que el cuerpo puede tener en la *atencion*. ¿Cuál es, pues, la parte del alma? Una sensacion que experimentamos como si fuese sola, porque las demas son como si no las experimentáramos. La *atencion* que ponemos en un objeto no es, pues, de parte del alma sino la sensacion que este objeto hace sobre nosotros, sensacion que se hace en algun modo exclusiva; y esta facultad es la primera que notamos en la facultad de sentir.

»*Comparacion.* La comparacion es una doble *atencion*: consiste en dos sensaciones, que se experimentan como si se experimentasen solas, y que excluyen á las otras.

»*Juicio.* Distinguir semejanzas ó diferencias es juzgar; luego los juicios son tambien sensaciones.

»*Reflexion.* La reflexion es una continuacion de juicios que se hacen por una continuacion de comparaciones; y no habiendo en las comparaciones y en los juicios mas que sensaciones, se sigue no haber tampoco mas que sensaciones en la reflexion.

»*Imaginacion.* La reflexion, cuando se entretiene en formar imágenes, toma el nombre de imaginacion.

»*Razonamiento.* Un juicio que pronuncie puede contener implícitamente otro que no pronuncie mediata ó inmediatamente. No hay, pues, sino sensaciones en nuestros razonamientos, así como en nuestros juicios.

»Se ha visto que todas las facultades que acabamos de observar se contienen en la facultad de sentir. El alma adquiere por ellas todos sus conocimientos; por ellas entiende las cosas que estudia de algun modo, como se entienden los sonidos por el oido; por esto, la reunion de todas estas facultades se llama *entendimiento*. El entendimiento comprende la atencion, la comparacion, el juicio, la reflexion, la imaginacion y el razonamiento. No se podria formar de esto una idea mas exacta.»

Tratando Condillac de las facultades morales, se explica en estos términos: «Considerando nuestras sensaciones como representativas, hemos visto nacer de ellas todas nuestras ideas y todas las operaciones del entendimiento; pues si las consideramos como agradables ó desagradables veremos del mismo modo nacer de ellas todas las operaciones pertenecientes á la voluntad.

»*Necesidad.* Si nos vemos privados de cosas que estamos acostumbrados á gozar, ó por lo menos que nos imaginamos el placer que nos puede prometer su posesion, esta privacion se llama *necesidad*; y así, tener necesidad de una cosa es sufrir por la privacion de ella.

»*Desazon.* Este sufrimiento en su menor grado no es tanto un dolor como un estado, en que no nos hallamos bien ó en que no estamos á nuestro gusto; á este estado llamo *desazon*.

»*Inquietud.* La desazon nos pone en movimiento para procurarnos la cosa de que tenemos necesidad, y entonces la desazon toma el nombre de *inquietud*.

»*Deseo.* Cuando todas nuestras facultades se dirigen á los ob-

jetos, cuya necesidad sentimos, entonces la inquietud se convierte en deseo.

» *Pasiones*. Si los deseos se convierten en hábitos, se llaman pasiones; y cuanto mas vivos son aquellos, tanto mas violentas son estas.

» *Esperanza*. Si cuando deseamos una cosa juzgamos que hemos de alcanzarla, entonces este juicio, unido al deseo, produce la esperanza.

» *Voluntad*. Otro juicio producirá la voluntad, y es aquel que hacemos cuando la experiencia nos ha hecho contraer la costumbre de juzgar que no se debe oponer algun obstáculo á nuestros deseos. *Yo quiero* significa *yo deseo*, y *nada puede oponerse á mi deseo*; *todo debe concurrir á su satisfaccion*. Tal es propiamente la acepcion de la palabra *voluntad*. Pero se usa en una significacion mas extensa, y se entiende por *voluntad* una facultad que comprende todos los hábitos que nacen de la necesidad, los deseos, las pasiones, la esperanza, la desesperacion, el temor, la confianza, la presuncion, y otros muchos de que es fácil formarse ideas.

» En fin, la palabra *pensamiento*, mas general aun, comprende en su acepcion todas las facultades del entendimiento y de la voluntad; porque pensar es sentir, poner atencion, comparar, juzgar, reflexionar, imaginar, racionar, desear, tener pasiones, esperar, temer; etc.

» Hemos explicado, concluye Condillac, como nacen sucesivamente de la sensacion las facultades del alma, y se ve que no son otra cosa que la misma sensacion trasformada en cada una de ellas.»

Ya tenemos puesto en claro el principio creador del sistema, que es la sensacion trasformada, y desde luego se advierte su carácter singular de unidad absoluta. Reducir todos los hechos interiores á la sensacion y todas las facultades del alma á la sensibilidad es en sí mismo un pensamiento tan atrevido como inasequible á la humana debilidad. Es una verdad indisputable que

el universo está gobernado por una sola causa, y hay una vehementísima presuncion de que está regido por una sola ley; y así, se observa que cuantos mas descubrimientos y mas adelantamientos se hacen en las ciencias tantos mas puntos de contacto se advierten entre ellas mismas, y eso en ciencias que, al parecer, menos se asimilan, marcándose los progresos científicos en razon de la mayor centralizacion en el principio de unidad. Condillac concibió la idea, pero la realizacion estuvo muy distante de la verdad. Ni las facultades del alma proceden de la facultad de sentir, ni los hechos internos proceden de la sensacion.

Es preciso tener presente que Condillac no mira la sensacion como una causa ocasional del desenvolvimiento de nuestros poderes racionales. Si así lo hiciera, estaria en lo verdadero, y su sistema desaparecería absolutamente. Condillac avanza mas: quiere demostrar que el origen, que la generacion, que la causa eficiente de todos los poderes racionales es la facultad de sentir, en términos que todos los actos de nuestra inteligencia, lo mismo en el orden intelectual puro que en el orden moral, no sean mas que modificaciones de la sensacion. El hombre entero queda reducido á un ser que siente y nada mas. Y ¿de qué manera liga él todas las facultades del alma á esa facultad de sentir, origen de todas? De una manera muy sencilla. A la facultad de sentir, que real y verdaderamente existe en nosotros, liga otra facultad, que él mismo califica de facultad intelectual, pero la liga como efecto, suponiendo que la facultad de sentir le da vida y existencia. Esta facultad, que califica de intelectual, es la *atencion*, resultando de aquí que la atencion es directamente producida por la sensacion; y como la atencion, en su concepto, es una facultad intelectual, encuentra expedito el camino para encadenar á ella todas las demás facultades que, siendo tambien intelectuales, nada tiene de extraño que se enlacen como de la misma naturaleza. Entre el acto de la sensacion y el acto intelectual hay un abismo, y Condillac creyó salvarle, convirtiendo

la sensacion en causa del primer eslabon de la cadena intelectual, que, á su juicio, es la atencion, la cual va vistiendo sucesivamente todas las demás formas de la inteligencia, comparacion, reflexion, imaginacion, razonamiento, etc., y en el orden moral la necesidad, la esperanza, las pasiones, los deseos, etc. Este tránsito del acto de la sensacion al acto intelectual presenta todo el nudo de la dificultad; en términos que, si llega á romperse, este sistema se arruina sin remedio.

Supóngase por un momento que efectivamente la atencion es una facultad intelectual; ¿reconoce como causa á la sensacion, segun quiere Condillac? No, responde Mr. Cousin con un cúmulo de razones que no admiten contestacion. Entre la sensacion y la atencion, lejos de haber una diferencia de grados, hay una diferencia de naturaleza. ¿Qué es la sensacion? Una pura impresion que el Yo sufre ó recibe, pero que no crea; resultando de aqui no depender del Yo mismo, ni hacerla nacer, ni prevenirla, ni continuarla, ni suspenderla, ni acabarla, ni extinguirla. La atencion, por el contrario, es un acto del Yo, un acto en el sentido riguroso de la palabra, una verdadera creacion. He aquí por qué el Yo dispone de una manera absoluta de la atencion y puede á su voluntad suspenderla, renovarla ó extinguirla. La atencion es voluntaria y libre. Nadie presta su atencion á su pesar. Sin duda aparece ya activo el Yo en la sensacion, porque la actividad es el principio de todo fenómeno de la vida; pero en este mismo acto de la sensacion se ve forzado á la accion por la impresion de las causas exteriores; no obra espontáneamente, no hace mas que reobrar; se halla, como se dice, en estado pasivo. En el hecho de la atencion, el Yo no se deja imponer la accion por ninguna causa exterior; la crea por su propio movimiento, y la saca de su poder interior; obra, en fin, sin verse provocado á la accion y únicamente porque quiere obrar. La sensacion no puede confundirse con la atencion, cualquiera que sea el grado de intensidad que se le suponga, porque lo mismo en el primero que en el último

grado conserva todos los caracteres que la distinguen profundamente de la atencion, al paso que no adquiere ningun carácter nuevo. Un abismo separa la accion de la pasion, la libertad de la fatalidad, la afeccion pura del sugeto de la espontaneidad de la causa, la atencion de la sensacion. Por consiguiente, la atencion no se deriva de la sensacion; y puesto que en la hipótesis de Condillac las demás operaciones del entendimiento se derivan de la atencion, se sigue que la sensacion no es el principio ni de la atencion, ni de la reflexion, ni del razonamiento, ni de ninguna facultad activa del espíritu.

Pero mas aun, ¿la atencion es una facultad de la inteligencia, como supone Condillac? De ninguna manera, y la prueba es que puede cualquiera fijar intensamente su atencion en una verdad sin poderla comprender, y puede tambien descubrirla sin haberla fijado. La atencion pertenece á la voluntad, porque es una dependencia del poder personal, y por esta razon es activa, esencialmente activa, como lo es la voluntad misma. El acto de concentracion sobre un punto es un acto de esfuerzo, que dispone de la inteligencia como de un instrumento que está á sus órdenes, pero que no es la inteligencia misma.

Teniendo precision Condillac de hacer dependiente de la sensacion el acto de la voluntad, para que de este modo todos los fenómenos afectivos y voluntarios procedan de la sensacion misma, liga el deseo á la voluntad y supone que la voluntad no es mas que el deseo, y de esta manera crea esa poderosa unidad en el alma, que es origen de todos los actos intelectuales y morales. ¿Y es cierto que el deseo se transforme en voluntad? No, dice tambien Cousin, porque no pueden concebirse dos hechos que mas difieran. El deseo es fatal, la voluntad es libre; yo sufro un deseo, yo creo un acto de voluntad; respondo de mis actos de voluntad, no respondo de mis deseos; yo puedo indudablemente y hasta cierto punto huir de las ocasiones del deseo, pero no puedo en circunstancias dadas cerrar mi alma al deseo que la sor-

prende. En fin, la voluntad tan distante se halla de-ser el deseo, que en ocasiones le resiste y le somete á su coyunda. Y ¿qué es la vida moral mas que una lucha sin tregua de la voluntad con el deseo? Y no se diga que el deseo llevado á cierto grado se transforma en voluntad, porque precisamente cuanto mas violento es el deseo tanta menos libertad tiene el hombre, y por consiguiendo tanta menos fuerza tiene su voluntad. Resultando de aquí que el deseo no engendra la voluntad.

Prescindiendo, pues, de si el deseo se deriva de la sensacion, como si nuestra alma no reconociera instintos y tendencias innatas, siempre resulta demostrado que ni los fenómenos afectivos ni los de la inteligencia reconocen como causa la sensacion, y por consecuencia que ni el entendimiento ni la voluntad, con todas las facultades que los constituyen, son, como dice Condillac, una sensacion trasformada; y su psicología queda minada por sus cimientos, y con ella su sistema entero. Si este filósofo hubiera hecho un estudio mas profundo de nuestro ser, si hubiera aplicado ese rigor analítico, á que rinde tantos encomios, hubiera visto que si es una verdad que los fenómenos de la voluntad y de la inteligencia no tienen lugar sin que precedan las sensaciones, estas no son causa de esos actos intelectuales y afectivos, sino que son tan solo ocasion para su desenvolvimiento; son la mano del artifice, como decia Leibnitz, que descubre el Hércules grabado ya en las vetas del mármol, y que no le imprime de nuevo.

Y ¿qué es el alma para Condillac? «El Yo, dice, de cada hombre no es mas que la coleccion de sensaciones que experimenta y de las que la memoria le recuerda; es á la vez la conciencia de lo que es y el recuerdo de lo que ha sido.» Esto equivale á entregar el hombre entero á la accion del mundo exterior, haciéndole juguete de las impresiones que vienen de fuera. Locke habia dicho: La sustancia del alma y la sustancia del cuerpo nos son desconocidas; nosotros no las conocemos ni distinguimos la una

de la otra mas que por sus atributos. El atributo de la sustancia del espíritu es el pensamiento. Se ve claramente como estas dos sustancias se distinguen la una de la otra por sus modos, pero no se comprende cómo puedan distinguirse por su esencia. ¿Qué otra esencia mas que la existencia pueden tener estas dos sustancias misteriosas y desconocidas en sí mismas?» Locke, al explicarse de esta manera, debilita extraordinariamente la idea de sustancia; y aunque no se atrevió á negar al alma el principio de actividad en el hecho de haber reconocido la reflexion como origen de ideas, sin embargo, procura siempre presentar al hombre como un ser, que experimenta modificaciones, mas bien que como una fuerza esencialmente activa. Condillac, que de los dos orígenes de ideas reconocidos por Locke, la sensacion y la reflexion, desechó esta última, y por consiguiente, desechó la parte activa, admitida por este filósofo, no tuvo el menor obstáculo en lanzarse en una negacion absoluta de la sustancia del espíritu; y como no reconoce otro origen de ideas que la sensacion, es decir, las impresiones venidas del mundo exterior, no halló inconveniente en reducir el alma á una coleccion de sensaciones. ¿Es esto lo que nos dice la conciencia? Este ser que siente, que quiere, que piensa, bajo un principio absoluto de unidad y de identidad, ¿es posible que sea una abstraccion y no sea una realidad? Entonces ¿qué es el hombre de Condillac, sin fuerza para reobrar sobre el mundo exterior? Nada, absolutamente nada; una máquina que vive en la atmósfera, recibiendo de ella el movimiento, la vida y hasta la inteligencia.

Pero bien, sea lo que quiera el hombre de Condillac, siempre es cierto que nada entra en el entendimiento que no haya pasado por el canal de los sentidos, como lo sostiene este filósofo; y si con respecto á los objetos sensibles no se ofrece la menor dificultad, lo mismo sucede con respecto á los objetos no sensibles. Juzgamos de la virtud por los hábitos, de los hechos del alma por los hechos del cuerpo, de las causas por los fenómenos, y estos

hábitos, estos hechos del cuerpo y estos fenómenos nos los dan á conocer los sentidos.

Sí, estos hábitos, estos hechos del cuerpo, estos fenómenos entran por los sentidos; pero consúltese la conciencia, y se advertirá bien pronto que estos hechos físicos no son mas que signos de otros hechos que no lo son; que bajo el movimiento orgánico se oculta otro movimiento íntimo, espiritual, que es anterior y creador del primero, y que se vale de signos materiales para aparecer. ¿Hay nadie que dude de la diferencia que existe entre el pensamiento y la volición, y los actos materiales que producen? ¿No tenemos en nosotros mismos los medios de identificar los primeros, así como identificamos los segundos? Si la sensación nos da á conocer estos últimos ¿no tenemos la conciencia, que nos da los primeros? Y ¿es por ventura la sensación un criterio mas seguro para darnos á conocer los hechos físicos, que lo es el sentido íntimo para darnos á conocer lo que se pasa en el teatro de la conciencia, cuando esos mismos actos físicos no son mas que la expresión y el signo de los actos internos del alma? El estudio exterior de esta en el ejercicio y juego de sus facultades, cuando no salen de las profundidades de su ser, y no se han convertido en hechos visibles y palpables ¿no suministra ideas abundantes que son materia de una ciencia particular? Y ¿por cuál de nuestros sentidos entran estas ideas, que no han vestido aun las formas físicas, que Condillac considera como indispensables para entrar en el alma? Y sin embargo, son ideas, ideas reales y positivas. ¿Quién no tiene el convencimiento íntimo de su propia existencia? Descartes, queriendo cimentar en terreno sólido, en medio de su duda metódica no halló otro fundamento incontestable que la existencia propia por medio de la famosa fórmula del *cogito, ergo sum*. Y esta idea de la existencia propia ¿por cuál de los sentidos entra en el alma? El convencimiento de nuestra unidad, de nuestra simplicidad y de nuestra identidad, que se elabora en el interior de nuestro ser ¿es obra

de los sentidos externos, de los sentidos materiales? Si desde aquí pasamos á las ideas absolutas, los mismos conflictos, las mismas dificultades surgen para su explicacion. Las ideas de sustancia en general, de causa, de espacio, de duracion ¿están sometidas al tacto, al oido, á la vista? ¿Están por ventura sujetas á las mismas condiciones que los objetos materiales? ¿Cómo se concibe que puedan estar á la par la eternidad y la inmensidad con el color de una rosa, cuando es el infinito el que separa estas ideas, y cuando si para la rosa basta el ojo material, solo el ojo de la inteligencia puede penetrar en los abismos del infinito? La razon sola, esta facultad de lo absoluto y de lo incondicional, que nos pone en comunicacion con el mundo de los espíritus, es la que nos puede descubrir lo eterno y lo imperecedero; porque los sentidos corporales, reducidos á los objetos físicos, no salen ni pueden salir del estrecho recinto de la materia. Quiere Condillac conocer la virtud por los hábitos, y los hábitos por medio de los sentidos. Si, los sentidos nos dan los hechos externos que constituyen los hábitos; pero la bondad ó malicia moral de los actos mismos ¿es una idea que entra por los sentidos? ¿Dónde está su color, su sabor ó circunstancia tangible que la haga reconocer como buena ó mala moralmente? La idea de bien moral es una concepcion de la razon, que se despierta, como todas las concepciones de su especie, con ocasion de los hechos sensibles; y si no hubiera otra regla para decidir de los actos virtuosos ó viciosos que las impresiones producidas por la sensacion, seria preciso reducir la moralidad de las acciones á los estrechos límites del placer y el dolor, por ser la única regla que nos dan las sensaciones, y seria moralmente buena una accion que causara placer, y moralmente mala la que causara dolor; y en este caso el hombre seguiria el placer por instinto y la utilidad por cálculo, y en nada se diferenciaria de los brutos. ¡Horroriza considerar un cuadro semejante!

En fin, colocado el hombre en los confines de los dos mundos, el mundo del infinito y el mundo material, por lo que tiene

de ángel y lo que tiene de bestia, conforme al dicho de Pascal, y encerrándose en su propio ser otro mundo, que es el mundo de la humanidad y en contacto con todos tres, Dios le dotó de las facultades necesarias para hacer sus incursiones sobre todos ellos. Le dotó de la razon, que le pone en comunicacion con el mundo del infinito; le dotó de la conciencia para penetrar en las profundidades de su ser, que es el mundo de la humanidad; le dotó de la sensacion, que le pone en contacto con el mundo material. Pues bien, Locke desechó el primer mundo, el mundo del infinito, desconociendo la razon como facultad de lo absoluto, pero reconoció los otros dos, admitiendo como origen de ideas la reflexion, ó lo que es lo mismo, la conciencia, que nos da á conocer las operaciones del alma, trabajando sobre los datos que recibe de fuera, y reconoce la sensacion, que nos da á conocer el mundo material. Locke, segun se ve, rechaza el primer mundo, y reconoce los otros dos; rechaza el mundo de los espíritus, y admite el mundo de la humanidad y el mundo sensible. Llega Condillac, y hace una profunda variacion en la doctrina de su maestro. Se une con él en rechazar el mundo del infinito, y se separa rechazando por su cuenta el mundo de la humanidad, y solo admite el tercer mundo, el mundo material. «Estoy conforme, decia, en no admitir la razon como origen de ideas primitivas, y que solo la experiencia es el origen de todas las ideas; pero esta experiencia no es por la reflexion y la sensacion, como quiere Locke, sino que es tan solo por la sensacion; porque, segun el mismo, la reflexion no nos da mas que lo que ha recibido de la sensacion, y para no ser verdadero origen de ideas, es mejor suprimirla.» Así lo hizo Condillac, y desde aquel momento, suprimidos los dos mundos, el mundo de los espíritus y el mundo que encierra las profundidades de nuestro ser, todo quedó reducido al mundo material; y de esta manera, si Locke, reconociendo la existencia de los hechos psicológicos y los hechos físicos, era empírico, Condillac, rechazando los primeros y reduciéndose á los segundos, se

hizo sensualista; esta es la diferencia que los separa. Así, se ve á Condillac buscar el hombre fuera de sí mismo, buscarle en el mundo exterior y componer allí un alma con las sensaciones que este le envia. Así no es extraño que al formar el hombre, en su *Tratado de las sensaciones*, le suponga ser una estatua vacía de ideas y reducida á una capacidad para recibir lo que venga del mundo exterior, como que del mundo exterior ha de recibir su vida intelectual y moral, obrando sobre los órganos y reduciendo la estatua á no ser mas que una trasformacion de la sensacion. Condillac nunca conoció el abismo que abria á sus piés, y así se le vió protestar constantemente de su espiritualismo; pero el principio en que descansaba su doctrina no marchaba á la par de sus protestas. Como es tan claro, tan metódico y tan seductor por su estilo y por la destreza con que matiza sus escritos con metáforas y analogías, tomadas del mundo exterior, sin internarse en las abstracciones de la ciencia, se halla en la lectura de sus obras la misma complacencia que si se leyeran producciones de puro entretenimiento; y de aquí nació la inmensa popularidad que adquirió en el siglo pasado este filósofo. Por último, concluyo esta crítica con el juicio formado por el autor de la *Literatura francesa durante el siglo XVIII*, que es exacto y acabado. «En otro tiempo, dice, desdenándose los filósofos de examinar todo este mecanismo de los sentidos, todas estas relaciones directas del cuerpo con los objetos, solo se ocupaban de lo que pasa en el interior del hombre. La ciencia del alma, tal ha sido el grande objeto de los estudios de Descartes, Pascal, Malebranche, Leibnitz. Quizá se perdian algunas veces en las nubes de esas elevadas regiones, á que llevaban su remontado vuelo; quizá sus trabajos no tenian una aplicacion directa, pero en cambio seguian una direccion grandiosa y elevada; su doctrina estaba en relacion con los pensamientos que nos agitan y atormentan cuando reflexionamos profundamente sobre nosotros mismos. Este camino conducia necesariamente á las ciencias mas elevadas, á la reli-

gion y á la moral. Por lo menos suponía en los que las cultivaban un genio elevado y vastas meditaciones. Dejó de seguirselos, se calificaron de vanas sutilezas los trabajos de estos grandes espíritus, vistiéndolos con el ridículo de sueños escolásticos. Se lanzaron en la ciencia de las sensaciones, creyendo que esta ciencia estaria mas al alcance de la inteligencia humana. Se consagraron mas y mas al estudio de las relaciones mecánicas del hombre con los objetos y de la influencia de su organizacion fisica, y de esta manera la metafísica fué perdiendo siempre de su altura, hasta el punto que para algunas personas casi se confunde con la fisiología. El siglo XVIII ha querido que el exámen del hombre, bajo este concepto, fuera uno de sus principales titulos de gloria. Condillac es el gefe de esta escuela. En sus obras es donde esta metafísica se desarrolla con todas las seducciones del método y de la claridad, en términos que cuanto mas clara es, es tanto menos profunda. Pocos escritores han obtenido mayor acogida. Puso al alcance del vulgo la ciencia del pensamiento, descartando todo aquello que tenia de elevado. Todos se sorprendieron y se tuvieron por dichosos en poder filosofar tan fácilmente, teniendo por digno del mayor reconocimiento al hombre, á quien debian este singular beneficio. No se apercibieron de que Condillac habia rebajado la ciencia, en lugar de poner á sus discipulos en aptitud de conocerla y poseerla.»
